

El Señor Krishna ve la luna

Versión de Eesha Sardesai

Ya era tarde, y el firmamento sobre la aldea de Gokul se teñía de azul-negro, una sedosa cubierta se colocaba a sí misma sobre los cielos. Las estrellas empezaban a asomarse detrás de esa cortina; podías verlas aquí y allá, brillantes y resplandecientes. El aire olía a jazmín.

Dentro de una de las casas de la aldea, sentada, una joven madre observaba a su hijo pequeño corretear por la habitación.

—Krishna —dijo su madre, Yashoda. Su cabeza inclinada ligeramente mientras lo miraba con cariño. —¿Qué estás haciendo?

Krishna miraba con curiosidad una vasija de arcilla, una de esas que su madre utilizaba para elaborar mantequilla. Como no encontró nada de interés ahí, se dirigió hacia una mesa cercana donde había una pequeña flauta de madera. Tomó la flauta, la examinó durante un momento, y luego la regresó a su lugar. Miró alrededor de la habitación.

—¿Qué pasa, Krishna? —preguntó Yashoda.

—Quiero jugar —respondió. —Pero, ¿con qué juego?

—Veamos —dijo Yashoda, poniéndose de pie. —¿Qué tal con uno de estos? Abrió la puerta de un armario cercano, donde había juguetes de todas formas, colores y tamaños.

—Mmmhh —dijo Krishna mirando la selección de juguetes. Se mordió el labio.

— Espera aquí — dijo Yashoda. — Veré qué puedo encontrar en la otra habitación.

Mientras Yashoda salía para buscar los otros juguetes, Krishna siguió caminando, bamboleándose por la habitación, investigando lo que había, levantando cosas y bajándolas de nuevo. Estaba entretenido con la alfombra jugueteando con su orilla de borlas, cuando la sintió: una ligera brisa, fresca y fragante, rozaba su piel.

Miró hacia la ventana abierta. La brisa formaba ondas en la delgada tela que Yashoda había atado frente a la ventana. Se acercó lentamente.

— ¡Krishna! Justo entonces, la voz melodiosa de su madre entró flotando desde la otra habitación. — ¡Mira esto!

Yashoda apareció en la puerta. En sus manos había algunos pedazos de sogas y tela, y otros cachivaches con los que Krishna podría jugar.

Solo que... ¡el cuarto estaba vacío! Desconcertada, Yashoda miró alrededor, con un ligero pliegue formándose en el entrecejo. ¿A dónde había ido Krishna ahora?

Y entonces vio el contorno de cierta personita detrás de las cortinas, con sus pequeñas piernas asomándose por debajo de la delgada y blanca tela. Yashoda sonrió y se dirigió a la ventana. Descorrió la tela de la cortina y, cuando estaba a punto de abrir la boca para hablar, se paró en seco.

Ahí estaba su hijo, su Krishna, mirando hacia afuera, su rostro cubierto de dulzura, de una dulzura tan encantadora que casi ni parecía de este mundo. Sus ojos claros y brillantes estaban llenos de anhelo.

Se volvió hacia su madre con esos mismos ojos grandes. Sin palabras, señaló hacia los cielos. Y ahí, totalmente deslumbrante sobre el telón de fondo color índigo, estaba la luna. Se veía plena y de color blanco rosado. En su superficie, las constelaciones centelleaban como filigranas hechas de diamantes.

—Por favor —dijo Krishna. —Quiero jugar con la luna.

—¿La luna? —preguntó Yashoda.

—Sí —dijo Krishna. —La luna. ¿Me la traes?

—No sé cómo podría bajar la luna, Krishna —dijo su madre dulcemente.

—Pero yo quiero jugar con ella. Había tal inocencia, tanto anhelo en la voz de Krishna, que Yashoda podía sentir que su corazón se derretía en ese instante.

—Lo sé —dijo Yashoda. —Pero la luna está allá arriba, en el firmamento. Y nosotros estamos aquí, en nuestro hogar.

—¿Por qué no puede estar la luna aquí, con nosotros? ¿En nuestra casa?

—Bueno, la podemos ver desde nuestra casa, ¿verdad?

Krishna miró por la ventana. Sus labios empezaron a estremecerse.

—¡Mamá! —dijo. Y ahora sus ojos bordeaban de lágrimas. —Por favor, *por favor*, quiero jugar con la luna. *Debo* jugar con ella. ¿La puedes traer?

Yashoda acomodó a Krishna un rizo de cabello por detrás de su oreja.

—¿Qué te parece uno de los juguetes que ya tenemos aquí? No son la luna, pero quizá te gustaría jugar con ellos.

—No. ¡Quiero la luna!

Y entonces Krishna empezó ahora sí a llorar; las lágrimas le fluían como ríos por el rostro. Se volvió para mirar de nuevo la luna. Su llanto afligido resonó en el silencio de la noche.

Yashoda trataba desesperadamente de encontrar una solución. Sentía una punzada en su corazón al tiempo que su hijo lloraba. ¿Cómo lo iba a consolar? ¿Cómo iba a traerle la luna?

Mientras se hacía estas preguntas, Yashoda vio, por el rabillo del ojo, una hoja de metal brillante en el otro lado de la habitación. Reflejaba parte de la tela de su sari. Se levantó del asiento cerca del ventanal para verla mejor.

El metal, en realidad, era parte de un cuenco; un cuenco poco profundo y redondo, que relucía como la plata. Una gran sonrisa invadió el rostro de Yashoda cuando lo vio. Lo recogió y lo llevó a la cocina.

Reapareció un momento después y caminó de puntillas hacia donde todavía estaba su hijo, de pie y llorando, cerca de la ventana.

—Krishna —dijo. —Mira lo que te traje.

Los sollozos se detuvieron de manera abrupta. Krishna se volvió hacia su madre, limpiando su cara con el dorso de la mano.

—¿Ves? —dijo Yashoda. —¡Es la luna!

Le mostró el cuenco que traía en las manos. Lo había llenado con agua, y su superficie estaba perfectamente en calma. Justo en el centro del cuenco, en un claro reflejo, estaba la luna.

Krishna miró esta luna con asombro. Metió un dedo en el agua y luego otro; la luna se convertía en una nebulosa de ondulaciones antes de serenarse de nuevo. Krishna rio y luego metió toda la mano.

Yashoda observaba mientras Krishna jugaba. Afuera estaba la luna, radiante. Adentro estaba la luna, luminosa a través del agua. Y ahí estaba su hijo, envuelto en el resplandor de ambas, o quizá en su propio brillo, eso era difícil distinguir.

Hay tanta luz, pensó Yashoda.

